

# LA GUERRA DE LOS POBRES

**L**A guerra es un lujo de países pobres. Parece como si estas terribles guerras convencionales, con su cortejo de hambres, pestes, éxodos, represalias, matanzas, pertenecieran a un cierto estadio de la Humanidad, a una cierta época de la que los países subdesarrollados no han salido todavía. Este alejamiento tiene la virtud de tranquilizar conciencias, por una parte mediante el determinismo histórico utilizado como espejismo —están en el estadio de la formación de nacionalidades...—; por otra, como una descarga vagamente racial —los hombres de color no son pacifistas. No se adhieren a una vida cuyo único valor es su longitud: copio la frase de Spengler— y hasta ayuda a la falsa visión del problema cierta aberrante idea que relaciona las armas del «overkill» —o «sobrematar»— con la más refinada civilización y la punta de lanza con el retraso mental. Los países pobres, los países del subdesarrollo, no cesan de guerrear desde la época poscolonial; pero «no son así». Son principalmente las condiciones coloniales y poscoloniales las que les han lanzado a estas matanzas de las guerras convencionales. Hasta ahora la más dramática parecía ser la de Nigeria-Biafra, superando en mucho el número de muertos a la del Vietnam. Si no se contiene la ya declarada guerra entre la India y el Pakistán, puede superarla en mucho en horror y sangre. Ya los rostros cobrizos de los niños bengalíes sustituyen con su mirada trágica a los de los niños biafrenses. Nos cogen más acostumbrados.

**P**ONGAMOS los ojos donde los pongamos —Pakistán, Ulster, Nigeria, Oriente árabe— encontraremos un problema idéntico: división de etnias y grupos afines lingüísticos, religiosos y económicos, o bien agrupación de contrarios, con fines geopolíticos que benefician a quienes los crearon. Pakistán fue una creación imperial británico-occidental para crear un frente permanente de oposición a una India independiente con vocación neutralista y con amistad con la URSS, como Israel fue fortalecido para mantener un enclave occidental dentro del mundo árabe y mantenerlo continuamente amenazado. Pakistán se sumó inmediatamente a todos los pactos militantes creados por Foster Dulles en su zona geográfica, y recibió a cambio ayuda económica importante, material militar en abundancia y un Gobierno autocrático. Como Israel, fue país nacido de la persecución propia, de una condición de minoría religiosa y, por lo tanto, con tendencia a la fanatización de su islamismo, que dentro del amplio mundo islámico representa el papel de la máxima ortodoxia, junto con los musulmanes de Indonesia. Para mayor artificio, este país nació en forma de dos trozos separados por la India: uno de estos trozos, el occidental, es el más grande, el más rico y el menos poblado, y está formado por cuatro etnias diferentes. El fragmento oriental tiene una unidad étnica, los bengalíes, menor superficie y mayor población. Si la renta por cabeza del Pakistán Occidental es de 365 rupias, la del Pakistán Oriental es de 265 (unas 3.500 pesetas). Los bengalíes acusan al Gobierno central, establecido en el occidente, de favorecer su fragmento propio en todos los proyectos y realizaciones a costa de la zona oriental, Bengala, reducida a un papel agrícola y prácticamente colonizada. Como en Irlanda, donde los católicos están excluidos de los puestos de gobierno y administración en favor de los protestantes que forman comunidad

con la metrópoli británica, en Pakistán los bengalíes, que representan casi un 60 por 100 de la población total, no ocupan más de un 10 por 100 de los puestos militares y de un 15 por 100 de la Administración civil. Estas son las razones de las continuas revueltas bengalíes y de sus reivindicaciones autonomistas, acrecentadas por la rudeza del régimen de Ayub Jan, y fueron las insurrecciones bengalíes de septiembre de 1969 las que forzaron a Ayub Jan a retirarse en beneficio del Ejército, representado por Yahya Kan, quien prometió unas elecciones generales libres. Estas elecciones —el 7 de diciembre de 1970— dieron un amplio triunfo a los bengalíes de la Liga Awami dirigida por Mujibur Rahman, que se presentaba con el muy expresivo lema de «Por el derecho de vivir». Dentro y fuera de la Liga Awami había grupos extremistas que pretendían algo más que la dirección parlamentaria de la zona oriental. Pretendían, pura y simplemente, la secesión. Los retrasos en formar la Asamblea constituyente animaron a los extremistas y a los que creían que por la ley no conseguirían nada. Hubo disturbios en marzo de este año y hubo, en fin, guerra civil, cuando Mujibur Rahman se decidió a proclamar la República Independiente de Bengala (Bengala-Desh). El Ejército se lanzó contra ellos, contra estos campesinos mal armados y contra sus familias. Las terribles matanzas aún no han terminado, y nueve millones de personas se refugiaron en la India en condiciones infrahumanas —recordemos, para este caso, a los palestinos huidos de Israel y refugiados en Jordania—, con la inevitable aparición del cólera. La India no solamente apoya, sino que necesita el regreso de los pakistaníes a su tierra. Al mismo tiempo forma parte de su política. Si la India era el enemigo designado de Pakistán por las razones imperiales antes citadas y por algunas otras de tipo local —como la administración de Cachemira—, la autonomía de Bengala favorecía sus propios propósitos, como parecía favorecer los de China, aunque ésta, a su vez, difícilmente puede alinearse hoy junto a la India, por lo cual ésta está apoyada por la URSS, que a su vez desea el fortalecimiento y aún la independencia de Bengala, siempre que no se incline a favor de China, porque el Gobierno de Pakistán Occidental puede regresar a los antiguos pactos con los Estados Unidos...

**N**O parece muy claro este fabuloso embrollo, pero es naturalmente descriptivo de la serie de tensiones y de influencias que cruzan sobre estos dos países que han iniciado, finalmente, una guerra abierta. Su segunda guerra. La primera, por la cuestión de Cachemira, duró desde agosto de 1965 hasta enero de 1966, en que terminó por la «Paz de Tachkent» —mediadora, la URSS—, después de haber producido unos veinte mil muertos.

**¿**CUALES son las perspectivas de esta nueva guerra si no se contiene? Se apuesta por la India. Su superioridad en Ejército y en población es superior, muy superior, y cuenta de antemano con el apoyo de la población de Bengala, que entiende que esta guerra se hace en favor de su independencia. Pero no son esas perspectivas las que más inquietan al mundo de las grandes potencias, sino el temor de su generalización hacia Asia, el de las revoluciones interiores que puede pro-



ducir, el del compromiso en que se sitúan otras potencias. El de una posible intervención china y, por consiguiente, el de una intervención soviética consecuente.

Las clásicas discusiones acerca de «quién ha empezado» o de definición del agresor, como relegar la cuestión a problemas religiosos y tribales o aun a conflictos territoriales como el de Cachemira, parece en este punto irrelevante. No merece la pena detenerse en ello. Las causas son coloniales y poscoloniales, las armas son las facilitadas por las grandes potencias, como en todos los casos de guerras del Tercer Mundo: Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, la URSS y China son los principales mercaderes de armas del mundo, y el 80 por 100 de sus ventas se destina a los países subdesarrollados, que pierden en estas compras y en estas guerras todas las escasas fuerzas económicas que pudieran tener. La de generación de la India hacia la guerra es una de las más claras muestras que podemos tener en este sentido. No olvidemos que la gran doctrina del país se basó en el pacifismo, el neutralismo y la no violencia del Mahatma Gandhi, y que toda su acción en la posguerra y en la primera época poscolonial se basó estrictamente en esta doctrina, en la «Carta de Bandung», en la invención del neutralismo y de la huida de las tensiones internacionales. La rosa blanca del Pandit Nehru fue durante largo tiempo el símbolo del pacifismo: su hija, Indira Gandhi, hoy primer ministro de la India, pronuncia, sin embargo, las terribles palabras clásicas de la declaración de guerra ante el Congreso de su pueblo. ¿Qué ha pasado para que el país de la resistencia pasiva y la rosa blanca lance ahora sus tanques —y sus soldados descalzos— contra sus vecinos? Repito que no se trata de buscar causas inmediatas —sabemos del escaso valor de los *casus belli*—, sino de algo superior: de cómo se ha deteriorado al espíritu neutralista del Tercer Mundo a lo largo de unos años, de cómo las presiones de los otros han producido la degeneración hasta llegar a esta última ratio.

Y en el fondo, el hambre. Todo este juego que hacen las naciones llamadas superiores con las otras es una especulación con el hambre. El mundo de la guerra —y el de las revoluciones, y los alzamientos, y los golpes de Estado, y los golpes de palacio— es el mundo del hambre, en el Ulster o en el Vietnam, en el Yemen o Biafra, en Camboya, en el Sudán. Quizá un día esta macabra especulación con el hambre de los demás y con las guerras de los demás vaya a recaer sobre las grandes naciones especuladoras. Será entonces demasiado tarde para que aprendan la lección. ■

*"Ya los rostros cobrizos de los niños bengalíes sustituyen con su mirada trágica a los de los niños biafrenos. Nos cogen más acostumbrados".*

## LOS REBELDES DE BENGALA

«No nos han querido conceder la autonomía; conseguiremos la independencia...». Es un sueño. Pero si el Bangla Desh no existe todavía, el Pakistán Oriental ha dejado ya de existir.

**JEAN-FRANCIS HELD**

EN los distritos de Orissa y de Midnapore, al Oeste del delta del Ganges, ha habido hundimientos de barcos, casas arrancadas de cuajo y millares de muertos. Pero aquí, al otro lado de Calcuta, las regiones fronterizas no han sido más que rozadas por la cola del ciclón. Un poco de viento y mucha lluvia. Lo suficiente, sin embargo, para transformar los campos de refugiados en auténticos barrizales.

Pero la situación es aún peor entre los refugiados «irregulares» que se amontonan al borde de las carreteras destrozadas que vienen de la frontera. Esta gente,

que no ha tenido ni fuerzas ni imaginación para seguir adelante, se pudre bajo un pedazo de lona con sus hijos completamente desnudos, sin fuego ni hogar, o con sus harapos pegados al cuerpo por la lluvia vagan de un lado para otro sin rumbo fijo. Es la desesperación más absoluta. El joven teniente indio que conduce el «jeep» lanza una mirada casi maquinal hacia el borde de la carretera. Lo mismo hacemos nosotros.

La sorpresa de los primeros días ha quedado ya borrada. Nos vacunamos rápidamente contra la miseria. En los hospitales im-

provisados en los campos de refugiados he aprendido a pasar, sin inmutarme, por encima de los cadáveres y, lo que es peor, de los casi cadáveres. El hedor de las cloacas me resulta familiar. En Calcuta he aprendido a apartar suavemente, pero con firmeza, a los niños mendigos. El espectáculo de la gran estación de Howrah, por ejemplo, le endurece a uno para siempre con sus cientos de cadáveres vivientes, muertos de hambre y sin fuerzas para moverse, a los que los indios ya ni ven.

### Entre las chozas

Fantasmas informes cruzan las cortinas de lluvia. El «jeep» del ejército sigue la carretera que va de Bangaon a Bagdaha, en la fronteras del Bangla Desh. El he-

cho de que los militares nos pongan en contacto con un responsable oficial de los «rebeldes» bengalíes es ya significativo. Después de haber cruzado un río en chalana, enfilamos una carretera increíble. Los refugiados se vuelven cada vez más raros. En un pequeño pueblo gris, que más bien parece un lodazal, el ejército nos deja púdicamente. Nuestro «contacto» sale de no se sabe dónde. Es un hombre pequeño, ya de edad, con la cabeza cubierta por un casco plano estilo inglés y una metralleta en la mano. Es nuestro primer guerrillero del Mukti Bahini, Ejército de Liberación del Bangla Desh.

Pasamos por entre las chozas. El barro está resbaladizo, como si fuera hielo. Dos kilómetros entre ríos. Los soldados indios, emboscados por todas partes, apenas si nos miran. Continuamos